

Unitarios y federales: aristocracia, plebeyismo y mundo social

Por Carlos Paz

Carlos Paz. Historiador

Mitre, en su "Historia de Belgrano", escribía a propósito de la Revolución de Mayo:

"Todos los patriotas que encabezaban el movimiento revolucionario, como los españoles que en el Cabildo abierto habían cedido al empuje de la opinión, todos pertenecían a lo que podía llamarse la parte aristocrática de la sociedad. Las tendencias de ambas fracciones eran esencialmente conservadoras en cuanto a la subsistencia del orden público, y esto hacía que se encontrasen de acuerdo en un punto capital, cual era el impedir que el populocho tomase en la gestión de los negocios públicos una participación activa y directa" -I-

Y este no era un tropezón del historiador científico. Todo lo contrario. Esta interpretación desnudaba la concepción del mundo que articulaba su visión histórica, política y social. Una concepción que no le venía de la ciencia, sino de la política y que era la misma que lo había llevado a ver en Rivadavia, el padre del liberalismo conservador, al "hombre civil más grande de la tierra de los argentinos", a admirar al "partido de las luces", militar en el partido unitario que luchara contra Rosas, encabezar el llamado partido de los principios que sometió militarmente al federalismo provinciano en tiempos de la llamada "organización nacional", celebrar al capitalismo británico y prestarle a la aniquilación del Paraguay en nombre del progreso y el libre comercio.

Mitre exponía con claridad la ideología reaccionaria del unitarismo argentino, prolongada hasta el presente bajo distintas denominaciones. Percibía a la sociedad argentina como un espacio en el que la "civilización" libraba un combate permanente contra la "barbarie", de acuerdo con la metáfora ideada por Juan Cruz Varela en los días que oficiaba de amanuense de Rivadavia y popularizada por Sarmiento en sus largas y felices campañas publicitarias. La realidad histórica, política y cultural se le presentaba como un antagonismo permanente entre las minorías ilustradas, representantes de la civilización y del progreso, y las multitudes incultas, pura encarnación de la barbarie y el atraso. Los caracteres de unas y otras también se derivaban, casi como una fatalidad, de esta autonomía fundamental: la razón, el orden y los principios siempre acompañaban a las primeras; en tanto la pasión, los instintos y la anarquía eran atributos invariables de las segundas.

Pero la visión de Mitre no era meramente personal. Por su boca hablaban las minorías sociales que habían pretendido modelar el país según sus ideas y conveniencias desde el partido de las luces o el unitarismo. Su enfoque no se diferenciaba de los que tenían otros contemporáneos suyos, alineados en el mismo bando. El general Paz, por ejemplo, en sus "Memorias", comenzadas a escribir en 1839 en plena guerra contra Rosas, también descubría en el trasfondo de la lucha entre unitarios y federales un conflicto social que se dirimía en términos de minorías cultas y multitudes ignorantes:

"No será inoficioso advertir, que esa gran facción de la república que formaba el partido federal, no combatía solamente por la mera forma de gobierno, pues otros intereses y otros sentimientos se refundían en uno solo para hacerlo triunfar: Primero, era la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; en segundo lugar, la gente del campo se oponía a la de las ciudades; en tercer lugar, la plebe se quería sobreponer a la gente principal; en cuarto, las provincias, celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla; en quinto lugar, las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocráticas y aun monárquicas" -2-.

Ni Mitre ni Paz constituían casos excepcionales. Ambos se limitaban a reproducir las ideas y las valoraciones comunes en los estratos superiores de la sociedad a los que pertenecían y servían incondicionalmente, tanto en los campos de batalla como en los de la historia. Sarmiento, que no le tenía miedo a la franqueza, también las expresaría sin tapujos a lo largo de la vida y llegaría al extremo de hacer alarde de su compromiso con esos mismos sectores sociales: *"Cuando decimos pueblo entendemos los notables, activos, inteligentes, clase gobernante de 1810 a 1831 y de 1851 hasta ahora" -3-.*

Sarmiento no quería dar lugar a males entendidos. Sólo a esa *"minoría ilustrada poseedora de la propiedad"* le correspondía gobernar *-4-*. Y ella era también la única que merecía disfrutar los beneficios de una constitución:

"Una Constitución pública no es una regla de conducta para todos los hombres. La Constitución de las masas populares son las leyes ordinarias, los jueces que las aplican y la policía de seguridad. Son las clases educadas las que necesitan una Constitución que asegure las libertades de acción y de pensamiento; la prensa, la tribuna, la propiedad" -5-.

Sólo el sanjuanino podía atreverse a exponer el programa de la burguesía portuaria con tanta sinceridad y crudeza: los derechos y las garantías jurídicas debían aprovechar únicamente a la gente con propiedad y educación; a las clases populares se les reservaba el derecho penal y los palos que administraban dispendiosamente los jueces y los milicos mandones.

Y ésta no era una desviación del unitarismo. Los abogados y comerciantes porteños que se habían lanzado a la revolución en 1810, en realidad no se proponían cambiar las condiciones de vida de las extensas clases populares. Los más audaces y mejor formados se contentaban con arrogarse el privilegio de educar al pueblo en los nuevos ideales. *"El gobierno de Mayo -como observa Vicente F. López- había sido concebido por sus fundadores como república de patricios y para patricios" -6-*. Así, al margen de la retórica ilustrada que los elevaba al primer plano de las preocupaciones revolucionarias, los criollos pobres, los mestizos, los negros, los mulatos y los indios siguieron estando virtualmente excluidos de la vida social.

La burguesía criolla, a pesar de sus modestos orígenes y su carácter aventurero, en ningún momento contribuyó a la democratización de la sociedad rioplatense. Por el contrario, se inventó remotas prosapias y adquirió los prejuicios raciales, religiosos y sociales de la aristocracia colonial que pretendía dejar atrás. Y en algunos casos, instigaba quizás por la sombra de su arribismo, los esgrimió con una intransigencia que desmentía sus encendidos discursos en nombre de la libertad.

Por ello, toda vez que emergieron las fuerzas sociales desatadas por la revolución las consideró una amenaza a sus privilegios y las combatió con implacable energía. Las clases populares no te-

nían cabida en la república aristocrática, inspirada en el despotismo ilustrado, que soñaba constituir en sus días de apogeo. Y nunca pareció estar más cerca de su ideal que en tiempos de Rivadavia.

En aquellos años, signados por la euforia progresista provocada por las reformas rivadavianas, la clase alta criolla multiplicó sus negocios y acentuó la persecución del status que empezará en las postrimerías del siglo anterior, extendiéndola a diversos aspectos de la vida cotidiana. Ya no bastaban las riquezas y los imprevistos linajes adquiridos por vía del matrimonio o de la compra de títulos nobiliarios. Ahora también necesitaba hacer ostentación de su posición privilegiada dentro de la sociedad con sus hábitos, sus gustos y sus formas de vida.

La residencia en los alrededores de la Plaza de la Victoria, reducto de la primitiva aristocracia; la esmerada educación de los hijos varones, para que estuvieran en condiciones de administrar los bienes familiares y ejercer funciones de gobierno; la posesión de estancias y quintas; y el numeroso personal de servicio doméstico que poblaba las casas de familia fueron, antes que una necesidad, los símbolos elegidos para exhibir al resto de la sociedad el status que se poseía y con el cual la nueva aristocracia porteña pretendía enterrar en el pasado su oscuro origen plebeyo.

Por entonces, la estructura social se reflejaba con bastante fidelidad en la composición de los tercios o brigadas. milicias ciudadanas a las que se denominaba "cívicos".

"El primer tercio correspondía al centro comercial de la ciudad -cuenta López donde estaban aglomeradas las clases esencialmente burguesas por sus propiedades, por sus especulaciones mercantiles y por el ejercicio de las profesiones liberales. Habíase aglomerado en el segundo tercio toda la población de las orillas, que tenía, por consiguiente, una posición social menos favorecida que la del centro, por las relativas comodidades e influjo de la vida oligárquica; y componían la tercer brigada las gentes de color, negros y mulatos criollo que, por singulares circunstancias, conservaban más afinidades con la burguesía oligárquica que con la clase plebeya de las orillas" -7-.

La estructura social registró, a fines de la primera década revolucionaria, otra modificación que traería importantes consecuencias. El sostenido desarrollo de las actividades ganaderas, particularmente de la industria saladeril, produjo un sensible crecimiento de la población de los suburbios porteños. expresado entre otras cosas por la aparición de la gauchesca como género poético popular. Ese publico que consumía los versos de Hidalgo, en los que no faltaban ácidas críticas al orden vigente y justos reclamos de alivio a la situación de las clases pobres, se transformó lentamente en actor político, puso en discusión la hegemonía de la gente principal. hizo de Dorrego su caudillo y contribuyó decisivamente al fracaso de la experiencia rivadaviana.

La burguesía porteña vio con claridad que el mundo que había construido amenazaba derrumbarse y procedió con inesperada crueldad: derrocó a Dorrego y le hizo pagar con su vida el atrevimiento de denunciar públicamente a la "aristocracia del dinero" gobernante. Pero el sacrificio sería inútil. Porque Rosas, con singular inteligencia para comprender la situación histórica, les dio a los plebeyos de las orillas y a las gentes de color el lugar que reclamaban y los transformó en las bases sociales de la Federación. Así, el rosismo, al margen de sus contenidos económicos y sus rasgos autoritarios, que también compartían sus adversarios, constituyó una franca expresión de ascenso social de aquellos sectores hasta entonces prácticamente excluidos de la vida social.

La adhesión incondicional de las clases populares le comunicó al movimiento un carácter que a su modo retomaba la tradición popular del federalismo independentista de Artigas y al mismo tiempo lo diferenciaba profundamente del unitarismo predominante entre la gente principal. El rosismo,

a pesar de sus inevitables limitaciones. fue americanista, republicano y plebeyo, con un difuso sentimiento igualitario, por oposición al partido de las clases cultas europeístas y aristocrático, con sueños monárquicos que incluían la ilusión de la burguesía criolla de convertirse en la legítima nobleza del Río de la Plata.

La literatura unitaria de la época recogió con asombrosa fidelidad la existencia de estos mundos contrapuestos y en permanente tensión. Esteban Echeverría, por ejemplo, en "El matadero" despliega prolijamente sus contrastes a través del patético conflicto entre el joven *"de gallarda y bien apuesta persona"*, con barba en U, que vestía frac y montaba en silla inglesa, y la *"chusma"* del matadero, encabezada por el brutal Matasiete, que *"reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata"* -8-.

La sola presencia del joven desencadena la tragedia. La multitud de negros, mulatos y orilleros trata de vejarlo, provocada por su falta de divisa, porque *"monta en silla como los gringos"* y porque se comporta con la soberbia de todos los *"cajetillas unitarios"*. El presunto unitario no se queda atrás y trata a los federales de esclavos, de infames, de bestias que deberían andar *"en cuatro patas"* y de asesinos de la patria. Y Echeverría clausura el relato con un párrafo que explica el antagonismo entre federales y unitarios con los mismos argumentos que pocos años después propagaría Sarmiento en el "Facundo":

"En aquel tiempo los carniceros degolladores del matadero, eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosarina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por e! Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el matadero" -9-.

También José Mármol, en su conocida novela "Amalia", reproduce al detalle y con increíble fidelidad la visión de la burguesía portuaria y el carácter plebeyo del rosismo. La ideología del grupo social al que pertenecía despunta en innumerables pasajes de su libro sin disfraz alguno, particularmente en aquellos dedicados a la descripción de los distintos actores sociales. A las bases populares de la Federación las encuentra, sobre todo, en la casa de doña María José Ezcurra, la cuñada de Rosas: *"Estaban allí, reunidos y mezclados, el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno, revueltos también entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas diferentes"* -10-.

Y no puede menos que estremecerse ante el perfil social de los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, a los que dibuja con trazos implacables:

"Y, del mismo modo del traje, las caras de aquellos hombres parecían uniformados: bigote espeso; patilla abierta por debajo de la barba. y fisonomía de esas que sólo se encuentran en los tiempos aciagos de las revoluciones populares, y que la memoria no recuerda haberlas encontrado antes en ninguna parte de la tierra" -11-.

Los oficiales del ejército de Rosas también le sirven para subrayar el carácter grotescamente plebeyo de la Federación: *"Los militares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presión de sus guantes. y sudando de dolor a causa de sus bo-*

tas recién puestas, no podían imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile que muy tiesos y muy graves" -12-.

Mármol también registra con cierta ironía el igualitarismo que proclamaban los federales en una conversación de María Josefa Ezcurra:

"Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dando títulos al que tenía un frac o un sombrero nuevo. Ahora todos somos iguales, porque todos somos federales... Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es Federación" -13-.

Ramos Mejía, que escribió su obra de mayor aliento inspirado en la tradición unitaria de su familia, no dejó de reconocer el carácter plebeyo del rosismo. El autor de "Rosas y su tiempo" también creía que la Federación había reclutado sus elementos más activos en los estratos menores de la sociedad mientras que sus adversarios provenían de "las más altas clases sociales" -14-.

Y veían en la plebe porteña, compuestas por esa multitud de artesanos, pequeños comerciantes, trabajadores urbanos, indios mercachifles, negros y mulatos, el instrumento esencial de la opresión política y social instaurada por el régimen de Rosas.

Sin embargo, Ramos Mejía no ignoraba el contenido democrático del rosismo: "El pobrerío belicoso, protegido y fomentado por Rosas, era, como se comprende, democrático con todo el radicalismo de su pasión" -15-.

Tampoco desconocía las aspiraciones igualitarias que movilizaban a los sectores sociales en ascenso que constituían las bases de la Confederación:

"En cuanto a la plebe, más que mercantil y propietaria, su democracia sui generis que, sobre todo, de tendencia niveladora. Lo que ella odiaba eran las diferencias en el ejercicio de los derechos políticos... Más que todo, quería ser gobierno" -16-.

Y no pudo menos que reconocer los beneficios concretos que recibieron estos sectores durante el gobierno de Rosas:

"...tanto para el negro como para el mulato y el indio, la tiranía fue una liberación relativa. La repugnancia que inspiraron a la sociedad colonial, durante dos siglos, los dos primeros sobre todo, cesó de pronto por causa de aquel orden de cosas, y puede decirse que fueron impuestos, sino a la consideración, a la tolerancia forzosa de esta sociedad; y el mulato más que el negro, de suyo humilde, entraron a ocupar un lugar desconocido hasta entonces, abalanzándose con la ferocidad que le sugerían sus hambrunas democráticas comprimidas, sobre todos los cargos y empleos que la brindara la dictadura. El mulato más que el negro llevaba vivo el escozor de aquellas leyes universitarias y sociales que en las Provincias más que en Buenos Aires, lo rechazaban con cierto horror justificado: de manera que cuando Rosas los llamó fraternalmente a compartir la resistencia los encontró entusiastas y decididos a todas las violencias que necesitara" -17-.

Si bien carecía de contenidos económicos, este sentimiento igualitario que el rosismo alimentaba en las clases populares importaba un progreso en la vida social. Pero sublevaba las conciencias de

la gente decente que veía en él un menoscabo a sus privilegios y a sus principios. Y lejos de considerarlo un progreso, lo juzgaron una subversión del orden social en el que habían prosperado. Y este es el crimen que nunca le podrán disculpar a Rosas.

Mármol lo dice sin eufemismos de ninguna naturaleza:

"Desenfrenadas las pasiones innobles en el corazón de una plebe ignorante, al soplo instigador del tirano; subvertida la moral; perdido el equilibrio de las clases; rotos los diques, en fin, al desborde de los males instintos de una multitud sin creencias, educada por aquel fanatismo español que abría los ojos del cuerpo a la superstición por el fraile, y cerraba los del alma a la adoración ingenua de la Divinidad, y a la comprensión de la más ilustrada de las religiones" -18-

Mármol creía, como Sarmiento y el resto de sus compañeros de causa, que la barbarie y el atraso se encarnaban en esos advenedizos que carecían de modales y de buen gusto, pero que igual pretendían dirigir la sociedad y probablemente, aunque quizás sin saberlo, hasta aspiraran a convertirse en agentes de la historia. No, de ninguna manera podían aceptar esta inversión del orden social. El ejercicio del gobierno y la construcción de la historia eran privilegios reservados a las minorías cultas, casi endogámicas, en las cuales la fortuna y la inteligencia pesaban menos que el origen familiar, aun cuando no fuera raro verlos alimentarse recíprocamente. Esta convicción se exteriorizaba tanto en el discurso político como en las costumbres sociales de la élite portuaria.

Esteban Echeverría, por ejemplo, la expresó sin rodeos y con pretensiones filosóficas en el "Dogma socialista":

"La razón colectiva sólo es soberana, no la voluntad colectiva. La voluntad es ciega, caprichosa, irracional; la voluntad quiere, la razón examina, pesa y se decide. De aquí resulta que la soberanía del pueblo sólo puede residir en la razón del pueblo, y que sólo es llamada a ejercerla la parte sensata y racional en la comunidad social.

La parte ignorante queda bajo la tutela y salvaguardia de la ley dictada por el consentimiento uniforme del pueblo nacional. La democracia, pues, no es el despotismo absoluto de las masas, ni de las mayorías; es el régimen de la razón.

La soberanía es el acto más grande y solemne de la razón de un pueblo libre. ¿Cómo podrán concurrir a este acto los que no conocen sus importancia? ¿Los que por su falta de luces son incapaces de discernir el bien del mal en materia de negocios públicos? ¿Los que, como ignorantes que son de lo que podría convenir, no tienen opinión propia y están por consiguiente expuestos a ceder a las sugerencias de los mal intencionados? ¿Los que por su voto imprudente podrían comprometer la libertad de la patria y la existencia de la sociedad? ...

El tutelaje del ignorante, del vagabundo, del que no goza de independencia personal es por consiguiente necesario. La ley no les veda ejercer por si derechos soberanos, sino mientras permanezcan en minoridad; no los despoja de ellos, sino les impone una condición para poseerlos, la condición de emanciparse. Pero el pueblo, las masas, no tienen siempre en sus manos los medios de conseguir su emancipación. La sociedad o el gobierno por la representa deben ponerlos a su alcance. Para emancipar las mesas ignorantes y abrirlas el camino de la soberanía, es preciso educarlas. Las mesas no tienen sino instintos; son más sensibles que racionales; quieren el bien y no saben dónde se halla; desean ser libres y no conocen la senda de la libertad" -19-

Resulta casi innecesario subrayar la semejanza que existe entre el pensamiento de Echeverría y el de Sarmiento. La oposición que denuncia Echeverría entre la razón y la voluntad, que se expresa socialmente entre el "pueblo racional" y las "masas ignorantes", equivale a la antinomia "civilización y barbarie" del sanjuanino. Y, al margen de las intenciones de sus autores, ambas tienden a justificar intelectualmente el modelo de una Argentina para pocos, gobernada siempre por el mismo grupo social, sólo que Sarmiento hablaba de una "minoría ilustrada poseedora de la propiedad" y el autor del "Dogma" de "la parte sensata y racional de la comunidad".

Por los dos estaban convencidos de que una minoría propietaria, educada y pensante, debía dirigir la sociedad y actuar como curadora de las clases populares, minusválidas por su ignorancia, su desapego al trabajo y su condición de asalariadas, que les quitaba "independencia personal". Por ello el hijo de doña Paula creía que la Constitución sólo funcionaba para las "clases educadas" y don Esteban reservaba su democracia sólo para los educados que fueran capaces de comprenderla y no bastardearla con las pretensiones irracionales de las masas ignorantes.

Esta ideología reaccionaria, común en la aristocracia portuaria y sus servidores provincianos, movilizaba ejércitos y aparecía en el comportamiento social de la denominada "gente decente". Mármol, tal como lo hace con el plebeyismo federal, registra con minuciosidad el código no escrito que compartían los círculos ilustrados en su vida cotidiana y que en tiempos de revulsión social, como fueron los que siguieron a la independencia, les permitían preservar su identidad y andar por el mundo sin contaminarse demasiado.

Así, Amalia, la hermosa unitaria que da nombre a su novela, posee *"ese instinto pocas veces equivocado entre las personas de una misma clase para encontrar a sus iguales sin conocerlos" y una anciana de la mejor sociedad porteña, también unitaria, presenta "todos los aires de una de aquellas viejas marquesas del tiempo de Luis XIII de Francia" -20-*

La gente decente, adversaria de Rosas, se distingue por sus gestos, que son contenidos, *"casi imperceptibles, pero elegantes", como sólo saben hacerlos "las personas de calidad, que han aprendido desde niñas el manejo de los ojos y de la cabeza", por eso bastan unas pocas palabras para reconocer "a una persona de espíritu y de clase" -21-*

También la fisonomía y la ropa permiten descubrir "al momento una persona de distinción", porque las diferencias sociales, según Mármol, se traducen en "ciertas cualidades físicas en los hombres que revelan perfectamente su buena o mala raza": los hombres de una clase inferior se distinguen por sus "pies anchos y botas cortas"; mientras que el modelo de mujer federal no pasa de ser el de *"una linda aldeana... demasiado rosada, demasiados gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestre para el buen tono y demasiado frívola entre la gente de espíritu" -22-*

Muy distinta es la belleza de la mujer unitaria, en consonancia con el ideal romántico que encarna Amalia:

"Su talle redondo y fino como el de la estatua griega... Sus cabellos estaban rizados, y sus rizos finos y lucientes caían hacia su cuello de alabastro. ...Había algo de resplandor celestial en esa criatura de veintidós años, en cuya hermosura la Naturaleza había agotado sus tesoros de perfecciones, y en cuyo semblante perfilado y bello, bañado de una palidez ligerísima, matizado con un tenue rosado en el centro de sus mejillas, se dibujaba la expresión melancólica y dulce de una organización amorosamente sensible" -23-

Por todos estos rasgos, los unitarios no se reclutaban tanto por sus ideas como por su pertenecía a

una clase social, como el mismo Mármol observa: *"Fisonomía como la suya, maneras como las suyas, lenguaje como el suyo, no tienen, ni usan, ni visten las damas de la Federación actual. Es usted de las nuestras, aunque no quiera"* -24-.

Los unitarios y los federales, civilización y barbarie de la feliz pero desdichada metáfora sarmientina, fueron dos mundos antagónicos que se expresaron en todas las manifestaciones de la vida argentina y no se extinguieron en la batalla de Caseros, sino que se prolongaron en el tiempo a través de otros actores que reeditaron el antiguo conflicto entre las clases cultas y propietarias de la riqueza, depositarias de la civilización y las clases populares, tumultuosa encarnación de la barbarie. Ya en este siglo, los adversarios del yrigoyenismo y el peronismo se desvelaron por tratar de demostrar las profundas analogías que existían entre esos movimientos y el rosismo.

Mariano G. Bosch escribía a propósito del yrigoyenismo:

"el Congreso estaba lleno de chusma y guarangos inauditos. Se había cambiado el lenguaje parlamentario usual, por el habla soez de los suburbios y los comités radicales. Las palabras que soltaban de sus bocas esos animales, no habrían podido ser dichas nunca ni en una asamblea salvaje del Africa o del Asia" -25-.

Por su parte, Martínez Estrada no se quedó atrás y un cuarto de siglo más tarde describía al peronismo con palabras que hubieran envidiado los mismísimos Mármol o Sarmiento:

"El pueblo miserable de descamisados y grasitas tendrá por el ídolo el mismo acrecentado fervor que tuvo por Rosas, porque ese desdichado pueblo ha perdido el respeto y, si no lo tuvo nunca, la superstición por los valores de una auténtica cultura y de una auténtica civilización" -26-.

Y aquella visión del mundo, impregnada de aristocratismo, de prejuicios y de deslumbramiento por el extranjero que alimentaba la ideología unitaria, tampoco ha desaparecido en la actualidad. Desde ella aún se mira el pasado, el presente y el futuro de los argentinos. Y esta es una cuestión política, no científica. Hacer una nación impone cambiar la perspectiva de esta mirada oficial y reconstruir la memoria popular según las necesidades de esta mirada oficial y reconstruir la memoria popular según las necesidades del porvenir de justicia y bienestar que se desea.

Bibliografía

-1- Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la Independencia argentina, Bs. As., Jackson, s/f, t. I, pp. 328-329.

-2- José María Paz, Memorias póstumas, Bs. As., Almanueva, 1954. t.I, pp. 164-165.

-3- Domingo F. Sarmiento, Obras completas, Bs. As., Luz de Día, 1953, t. XXXIII, p. 334.

-4- Domingo F. Sarmiento, Obras Completas, t. XXXVIII, p. 27.

-5- Roberto Tamagno, Sarmiento, de los liberales y el imperialismo inglés. Bs. As., Peña Lillo, 1963, p. 146.

-6- Vicente F. López, Historia de la República Argentina. Bs. As., Sopena, 1949, t. III. p. 206.

- 7- Vicente F. López, op. cit.. t. IV, p. 488.
- 8- Esteban Echeverría, El matadero, en Prosa literaria. Bs. As., Estrada. 1971. p. 16.
- 9- Esteban Echeverría, op. cit., p. 35.
- 10- José Mármol. Amalia. Bs. As., Estrada. 1971, 1. I. pp. 392-393.
- 11- José Mármol. op. cit., t. I. p. 195.
- 12- José Mármol, op. cit.. t. I, p. 272.
- 13- José Mármol. op. cit., 1. I, pp. 394-395.
- 14- José María Ramos Mejía. Rosas y su tiempo, Bs. As., La Cultura Argentina. 1952, t. II. p. 48.
- 15- José María Ramos Mejía, op. cit., t. I, p. 181.
- 16- José María Ramos Mejía. op. cit.. t. I, p. 241.
- 17- José María Ramos Mejía. op. cit., t. III, p. 158.
- 18- José Mármol, op. cit., t. II. pp. 116-117.
- 19- Esteban Echeverría, Dogma socialista y otras páginas políticas, Bs. As.. Estrada, 1958. p. 157-159.
- 20- José Mármol. op. cit., t. I. pp. 278-279.
- 21- José Mármol. op. cit.. t. I, pp. 279-280.
- 22- José Mármol. op. cit., t. I, pp. 279, 281 y 288.
- 23- José Mármol. op. cit.. t. I. pp. 227 y 210.
- 24- José Marmol, op. cit., t, I, pp. 289.
- 25- Mariano G. Bosch. Historia del Partido Radical. La U.C.R. 18911930, Bs. As., Rosso. 1931, p. 214.
- 26- Ezequiel Martínez Estrada, ¿Qué es esto? Bs. As.. Lautaro, 1956, p. 51.